



ALEJANDRO FARNESIO.
 Duque de Parma y Placencia.
Gobernador General de los Países Bajos.

cidentales de Africa y las islas todas intermedias entre esta y la América, se extendian bajo el mismo dominio hasta las playas orientales del nuevo continente: en Europa toda la península española habia vuelto á reunirse bajo el mismo cetro, como en tiempo de los reyes godos, con el Rosellon y la Cerdeña en Francia; las islas Baleares, Sicilia y Cerdeña con los presidios en las costas de Berbería; la mayor y mejor parte de la península italiana con un predominio absoluto sobre los príncipes independientes de ella; en el reverso de los Alpes el Franco condado, y desde este se seguian las posesiones españolas por la Borgoña hasta las costas del oceano del Norte y las bocas del Rhin, ocupadas por las provincias de los Países Bajos que estaban en insurreccion. Felipe se hallaba en paz con todas las potencias de la Europa, y todo su poder iba á emplearse en extirpar la religion reformada, y en sujetar las provincias sublevadas.

El duque de Parma al tomar posesion del gobierno de estas, en cumplimiento del convenio hecho por su predecesor con las provincias valonas, despidió las tropas españolas é italianas, reteniendo solo un cuerpo de caballería para su guardia, y aunque aquellas provincias se habian obligado á levantar un cuerpo de tropas nacionales, no pudo verificarse por falta de recursos. Por otra parte, los estados confederados se habian visto obligados por el mismo motivo á licenciar las suyas, viviendo á discrecion sobre los ve-

cinios las pocas que les quedaban, y esto, unido á la aversion nacida por la diferencia de religion, habia causado tales divergencias entre ellos mismos, que las provincias en que el catolicismo era dominante, estaban no solo dispuestas, sino deseosas de volver bajo la autoridad del rey de España. Muchos gobernadores de plazas fuertes y aun de provincias se declararon por él, y el conde de Egmont, celoso partidario de la España, aunque hijo del que habia sido decapitado por el duque de Alba, hizo volver bajo su dependencia la capital de Bruselas. El duque de Parma contribuyó á esta reaccion, recibiendo benignamente á los que volvian á la obediencia, y por último todas las provincias valonas se sujetaron, bajo las condiciones de no reconocer por soberano sino al rey D. Felipe, no permitir otra religion que la católica, y la conservacion de sus fueros y privilegios, todo lo que Farnesio observó puntualmente. El príncipe de Orange, reducido á las provincias holandesas, conoció que era menester hacer desaparecer todo medio de conciliacion, para conservar aun aquellas y ponerse bajo la proteccion de algun soberano poderoso, que pudiera darles grandes auxilios. Los estados de Holanda á su persuasion, declararon entónces al rey de España destituido de todos sus derechos, y nombraron por su soberano al duque de Anjou, hermano del rey de Francia, jurando obedecerle como lo habian hecho á los príncipes de la casa de Borgoña.

Felipe reclamó contra este nombramiento al rey de Francia, que se excusó diciendo que su hermano lo habia admitido sin su consentimiento; pero se entendió que ocultamente lo protejia, y con sus auxilios y los de la reina de Inglaterra con quien el duque pretendia casarse, y á quien Isabel habia dado buenas esperanzas y aun prendas públicas de ello, levantó un ejército y entró con él en los Países Bajos; mas sus nuevos súbditos no tardaron en descontentarse de él, y habiendo venido á las manos con los auxiliares franceses los vecinos de Amberes, pudo retirarse con dificultad y murió á poco tiempo.

El duque de Parma con las tropas españolas é italianas, que hizo volver á petición de los estados de las mismas provincias valonas que tanto empeño habian tenido en hacerlas salir, fué reduciendo rápidamente todas las ciudades que habian resistido sujetarse, y solo quedaba Amberes, que por su importancia comercial y por su situacion en las riberas del Escalda, era de las mas considerables de los Países Bajos. Farnesio resolvió atacarla empleando en esto todas sus fuerzas, y tanto las operaciones de los sitiadores, como la tenaz resistencia de los sitiados, han hecho este sitio memorable. Farnesio rodeó toda la ciudad con las admirables obras que hizo construir, trabajando en ellas todo el ejército durante seis meses, y para cortar la comunicacion por el rio, echó en él un puente de barcas fuertemente trabadas entre sí y sos-

tenido con un baluarte en cada extremo. Los sitiados construyeron varias máquinas dispuestas por el artillero italiano Gambelli, hombre de mucho ingenio y habilidad, para romper el puente lanzando contra él brulotes, que arrebatados por la corriente, fueron á hacer una explosion terrible contra las barcas, y no habiendo tenido esta invencion el éxito que esperaban, formaron un castillo flotante, al que llamaron "El fin de la guerra," pero rechazado el ataque que con él hicieron, esta enorme máquina quedó estropeada é inútil. En una de las frecuentes salidas que los sitiados hacian, lograron apoderarse de dos de los fuertes que eran parte de la circunvalacion de la plaza: Farnesio irritado por la poca resistencia que los comandantes de estos puntos hicieron, les mandó cortar la cabeza á la vista del enemigo. Por fin escaseando los víveres en la ciudad, el ejército de los confederados mandado por el conde de Hohenloe, trató de abrir una comunicacion para procurárselos, atacando el 26 de Mayo de 1585 en combinacion con el conde de Santa Aldegonga, comandante de la guarnicion, el contradique formado por los sitiadores, y no obstante la obstinada defensa que hicieron Mondragon y el conde de Mansfeldt, se apoderaron de él y hubieran logrado su objeto, si Farnesio, poniéndose al frente de las tropas, no los hubiese desalojado despues de un combate desesperado, en que una y otra parte perdió mucha gente. Frustrado aquel in-

tento, la plaza capituló, concediendo Farnesio á la guarnicion y á los habitantes las mas honrosas condiciones.

Con la toma de Amberes la preponderancia de los españoles fué tal, que los confederados resolvieron entregarse á la Francia ó á la Inglaterra, si querian recibirlos y defenderlos como sus súbditos. El rey de Francia habria sin duda aceptado la soberanía de aquellas provincias, á no habérselo impedido el estado inquieto de su propio reino. La reina de Inglaterra, despues de examinar maduramente en su consejo las ventajas é inconvenientes de la admision, resuelta ya á romper con la España, y temiendo que los estados sublevados se sometiesen á esta, celebró un tratado con ellos bajo la condicion de que permaneciendo soberanos é independientes, los auxiliaria enviando un ejército, sostenido á expensas de la Inglaterra, con varias estipulaciones en favor de esta. En consecuencia, el conde de Leycester desembarcó en Holanda con las tropas inglesas, y fué nombrado gobernador y capitan general de las Provincias Unidas. Al mismo tiempo Isabel, decidida á hacer la guerra con todo el vigor posible, hizo armar en sus puertos una escuadra numerosa á las órdenes de sir Francis Drake, para interceptar la flota que volvia de las Indias, y no verificándose este plan, para hostilizar las costas de España é invadir sus posesiones ultramarinas. Drake con este objeto atacó y saqueó

las costas de Galicia, y de aquí pasó á las islas Canarias en donde fué rechazado. Navegó en seguida á la de Cabo Verde, cuya capital saqueó, y dirigiéndose á los mares de América, tomó y saqueó á Santo Domingo, Cartagena, S. Juan de la Florida y la Jamaica, y se volvió cargado de despojos á Inglaterra.

Felipe irritado con tantos agravios, quiso tomar de la reina Isabel una venganza que hacia largo tiempo meditaba, y que fuese digna del monarca mas poderoso de la tierra. Resolvió pues, atacarla en su mismo reino, y aunque tratando este grave negocio en su consejo, D. Juan de Idiaquez, uno de sus mas prudentes ministros, manifestase la imposibilidad de someter y conservar una isla distante, defendida por una marina numerosa y poblada de gente guerrera y amante de su libertad; otros por el contrario, aprobaban el intento que sostenia tambien al papa Sixto V, exhortando á Felipe á destruir el enemigo mayor que la iglesia tenia, y á castigar el crimen que Isabel acababa de cometer, mandando cortar la cabeza á la reina de Escocia María Stuard, que perseguida por sus súbditos y víctima de sus propias indiscreciones, habia venido á sus estados buscando un asilo, sin encontrar mas que la prision y la muerte. Comenzáronse en consecuencia á hacer los mayores preparativos, construyéndose y armándose en los puertos de España gran número de navíos, los mayores que hasta entónces se habian visto, y formándose grandes aco-

pios de víveres y municiones, al mismo tiempo que el duque de Parma aumentaba el ejército de los Países Bajos con reclutas que se hacian por enganche en Alemania. Ocultábase el objeto de la expedicion, circulando voces de que su destino era terminar de una vez con un grande esfuerzo la guerra de los Países Bajos, sometiendo á aquellos rebeldes y poner las costas de América á cubierto de nuevos insultos; pero Isabel no se engañó, no obstante las negociaciones de paz que hizo entablar Felipe con la mediacion del rey de Dinamarca, y se ocupó con la mayor actividad de prevenir medios de defensa, correspondientes al gran peligro á que se veia expuesta. Dracke con una escuadra fué destinado á cruzar sobre las costas de España, y aunque Felipe hizo salir algunos navíos á perseguirlo, apresó ó quemó cien buques con municiones y víveres para la grande armada, y habiendo entrado en Cádiz, incendió dentro del puerto dos galcones ricamente cargados, é hizo vela para los Azores, cojiendo otras muchas presas, con cuyas pérdidas se retardó por algun tiempo la ejecucion de la empresa.

La expedicion sin embargo estuvo lista para salir de Lisboa á principios de Marzo de 1588. La escuadra, á que se dió el nombre de *Invencible*, se componia de ciento y cincuenta buques mayores, con dos mil seiscientos cincuenta cañones de grueso calibre; iban en ella veintiocho mil hombres de desembarco,

con dos mil voluntarios de las familias mas distinguidas de España y ocho mil marineros, y estaba provista de víveres para seis meses, con una inmensa cantidad de pertrechos y municiones. Debía dirigirse á las costas de los Países Bajos, para tomar á su bordo, en las cercanías de Nieuport y Dunquerque, al ejército del duque de Parma, y este general que debía mandar en jefe, cuando el desembarco se hubiese hecho, habia reunido con aquel objeto treinta mil infantes y cuatro mil caballos, habiendo prevenido con suma diligencia todos los medios necesarios para el embarque y transporte de las tropas. El mando de la escuadra se dió á D. Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz, uno de los marinos mas afamados de aquel tiempo; pero habiendo muerto ántes de hacerse á la vela, y tambien el duque de Paliano, que era el vice-almirante, Felipe nombró para sucederle, no sin mucho vacilar, al duque de Medina Sidonia, y por no tener este mucha experiencia en las cosas de la mar, se le dió por segundo á Recaldo, que era oficial de gran reputacion. La Invencible salió de Lisboa el 29 de Mayo, y habiéndole acometido el dia siguiente una furiosa tempestad, arribó á la Coruña, con los buques maltratados y perdidos cuatro de ellos: reparadas las averías volvió á salir á la mar, y el 30 de Julio se avistó con la escuadra inglesa mandada por lord Howard Effingham, que venia á su encuentro, creyendo que la española, que se presentó formando

una media luna que ocupaba siete millas, se dirigia á tomar á Plimouth, lo que habria acaso logrado fácilmente, y con esto solo el éxito de la expedicion hubiera sido muy diverso; pero el duque, en cumplimiento de lo que se le prevenia en sus instrucciones, siguió su viage á las costas de Flándes, para tomar á bordo al duque de Parma con sus tropas. Habiendo anclado la escuadra delante de Calais, manifestó Farnesio al de Medina Sidonia que el embarque no podia hacerse, si no apartaba ántes de la costa los buques holandeses que estaban á la vista, y que le impedian navegar con su ejército hasta unirse con la escuadra, porque segun las órdenes que se le habian dado, no habia prevenido mas que buques de transporte. Entónces el de Medina Sidonia continuó su viage para aproximarse á las costas de Flándes, y habiéndole cojido una calma á la altura de Dunquerque, se halló entre la playa, la escuadra holandesa y la de lord Howard, que habia venido siguiéndolo. En la noche comenzó á soplar un viento fresco, y aprovechándose de él los ingleses, lanzaron contra los españoles ocho brulotes, que empezando á arder los pusieron en mucho desórden: al amanecer del dia 8 de Agosto, viéndolos el almirante inglés en esta confusion, los atacó con el mayor denuedo, y aunque los españoles se defendieron con gran valor, perdieron muchos buques, dando algunos contra la playa. Uno de estos fué la galera que mandaba Moncada, que baró cerca de Ca-

lais, y perseguida por los barcos menores ingleses, tuvo que rendirse, pereciendo casi todos los que en ella estaban, y perdiéndose cincuenta mil ducados que iban á su bordo: solo el inspector general Manrique se salvó, y fué el primero que llevó á España la noticia de este desastre. El duque de Medina Sidonia, no pudiendo permanecer sin gran peligro en la difícil situacion en que se habia puesto, ni volver á tomar el canal de la Mancha, ocupado por la escuadra inglesa, emprendió volver á España dando vuelta al Norte de las islas británicas, único camino que le quedaba expedito. Conocida esta intencion por lord Howard, se puso á seguirlo, dejando las fuerzas suficientes para impedir que entre tanto Farnesio, aprovechando la ocasion, desembarcase en Inglaterra: una récia tempestad dispersó la flota española, pereciendo muchos buques que chocaban entre sí ó que fueron á estrellarse contra las costas de Noruega y de Escocia: algunos naufragaron en las de Irlanda, cuyos habitantes asesinaron á los que en ellas se salvaron, y Recaldo con los pocos que quedaron, llegó á España en el estado mas deplorable. El duque, habiendo tomado la alta mar, aportó á Santander á fines de Septiembre.

Grande fué la consternacion que en España causó la pérdida de la Invencible: siendo tantos los jóvenes voluntarios que en ella iban, no habia familia distinguida que no estuviese de duelo, por lo que Felipe, para no contristar mas los ánimos, poniendo á la vis-

ta la calamidad general, dió orden para que nadie se vistiese de luto. El mismo, con la firmeza de espíritu que le hizo recibir con templanza la noticia de la victoria de Lepanto, no manifestó abatimiento con este desastre: escribió al duque de Medina Sidonia, con agradecimiento por el zelo con que le habia servido, y en vez de hacerle inculpacion alguna, atribuyó la desgracia que habia sufrido al furor de las olas y de los vientos, y mandó se diesen gracias á Dios porque no habia sido mas grande. En Inglaterra se celebró la victoria con los mayores aplausos, é Isabel ganó mucho en el aprecio público, por la actividad con que dispuso todo lo necesario para la defensa, y por la grandeza de ánimo que manifestó presentándose armada á las tropas, y entusiasmado al pueblo contra los españoles con multitud de libros y folletos que entónces se publicaron, en los que se exajeraban los tormentos de la inquisicion y las crueldades ejercidas por los españoles en el nuevo mundo, y se representaban en estampas que se hicieron correr entre el pueblo, las prisiones y cadenas que se decia iban prevenidas en la escuadra, para maniar y castigar á los ingleses.

Isabel se aprovechó de esta ventaja para dar auxilios mas considerables á las Provincias Unidas, en las cuales habia mucho descontento por la conducta imprudente del conde de Leycester, general de las tropas inglesas, al que removió del mando, confiriéndolo

en su lugar al lord Willoughby, aunque dejando la autoridad superior al príncipe Mauricio de Orange que era muy digno de ella por su capacidad y valor. La guerra siguió sin embargo con alternados sucesos, tomando y perdiendo unos y otros algunas plazas, y de estas, habiendo Mauricio sorprendido con un estratagemá muy ingenioso la de Breda, guarnecida por tropas italianas, Farnesio hizo juzgar en un consejo de guerra y condenar á muerte á todos los oficiales, excepto solo uno, en consideración á su corta edad. La escasez de fondos para pagar las tropas era igual por una y otra parte, y esto daba lugar á sediciones y tumultos: los ingleses por tal motivo entregaron á los españoles á Gertrudemberg, con la condición de que se les pagarian los sueldos atrasados y cinco años mas, lo que puso en mucha consternación á los estados, temerosos de que todas las guarniciones inglesas hiciesen otro tanto, y los españoles por la misma causa se sublevaron en Courtrai, negando la obediencia al duque de Parma. La reina de Inglaterra favorecía á todos los enemigos de Felipe, y esperando excitar un movimiento en Portugal, en favor de D. Antonio, prior de Crato, dió á este una escuadra y un ejército, con el que el general Enrique Norris que lo mandaba atacó á la Coruña, en donde fué rechazado y desembarcó en Portugal; pero el archiduque Alberto que era virey, y el conde de Fuentes que estaba á la cabeza de las tropas, tomaron tan

acertadas medidas para la defensa, que los ingleses, viendo que no habia movimiento alguno en la nación en favor de D. Antonio, tuvieron que abandonar la empresa y se retiraron con mucha pérdida.

Aunque Felipe se hallaba comprometido en la guerra con las provincias rebeldes en los Países Bajos y con la Inglaterra que las protejia, y sus recursos se habian agotado con los enormes gastos hechos para habilitar la *Invencible*, se empeñó en otra nueva en Francia, con motivo de las revoluciones que en aquel reino se habian movido por causa de religion. Los católicos, unidos entre sí y dirigidos por el duque de Guisa, formaron una liga, con la que Felipe habia celebrado un tratado secreto que se firmó en Joinville desde el 2 de Febrero de 1585, que tenia por objeto excluir de la corona de Francia á todo príncipe herege ó fautor de heregía, y no permitir en aquel reino otra religion que la católica, obligándose el rey de España á sostener la liga con poderosos auxilios. Aunque el rey de Francia Enrique III fuese católico, consideró ofendida su autoridad por el establecimiento de un poder rival dentro de su mismo reino, y no juzgándose con fuerzas que oponer á las de la liga, hizo dar muerte traidoramente al duque de Guisa y á su hermano el cardenal de Lorena, (1580) que habian sido llamados para asistir á los estados del reino que se celebraban en Blois. Este hecho decidió la sublevación de Paris y de una gran parte del reino,

y el mismo rey Enrique que sitiaba á su capital, fué asesinado en S. Cloud por Jacobo Clemente, religioso dominico, el 1.º de Agosto de 1589. La liga, á cuya cabeza se hallaba el duque de Mayena, hermano de los Guisas, reconoció por rey á Enrique, cardenal de Borbon, ya anciano, excluyendo al rey de Navarra, que fué despues Enrique IV, por ser calvinista, á los que en Francia se daba el nombre de hugonotes, y como tal habia sido declarado por el papa Sixto V, herege, excomulgado y privado de la sucesion á la corona. Mayena, que aspiraba ocultamente al trono, se prometia suceder al cardenal, y Felipe, prestando sus auxilios á la liga, tenia por objeto ser él mismo nombrado rey, ó por lo ménos hacer derogar la ley llamada Sálica, que excluia á las mugeres de la sucesion á la corona, en cuyo caso ésta debia recaer en su hija D.^a Isabel, como hija de la reina del mismo nombre, de la familia real de Valois. La Francia se dividió en dos partidos, que se hicieron la guerra mas encarnizada: el del rey Enrique IV y el de la liga, que muerto el anciano cardenal no reconoció mas jefe que al duque de Mayena, entre tanto se elegia rey. Felipe, en cumplimiento del tratado celebrado con la liga, hizo mover sus tropas en auxilio de aquella en todas las fronteras (1590), pero derrotado Mayena en Ibri, Enrique sitió á Paris, y habiéndose hecho dueño de la navegacion del Sena, hizo experimentar á aquella gran ciudad todos

los horrores de la hambre. La situacion apurada en que los parisienses se hallaban, decidió á Felipe á dar orden al duque de Parma, para que marchase á socorrerlos con el ejército de Flándes. Farnesio representó en vano las funestas consecuencias de este movimiento, pues siendo muy inciertas las ventajas que se habian de obtener tomando parte en las cosas de Francia, era muy segura la pérdida de las provincias que permanecian fieles en Flándes, retirado el ejército y dejándolas sin proteccion: fué preciso obedecer, y á principios de Agosto salió de Bruselas, dejando el gobierno de los Países Bajos al conde Pedro Ernesto de Mansfeldt, y en una campaña para siempre memorable, hizo levantar el sitio de Paris, entró con su ejército en esta capital, y dejando algunas fuerzas á la liga, volvió á Flándes, sin haber perdido mas que unos cuantos hombres. Al fin de aquel mismo año, Farnesio recibió orden de volver á Francia al socorro de Ruan, sitiado por Enrique, el cual fué herido haciendo un reconocimiento en que se expuso imprudentemente, y amenazado de ser atacado en su campo, alzó el sitio y Farnesio entró triunfante en Ruan, y pasó en seguida á sitiar la plaza de Caudebec. Esta está situada en una península formada entre el mar y el rio Sena, muy ancho en aquel punto, y Farnesio cometió la falta, acaso única en su vida militar, de no dejar cubierta su retirada; falta que dependió de su confianza en otros jefes, y que para un general de